

## Crecer con dignidad

VANESSA GUTIÉRREZ

La poeta y ensayista Adrienne Rich escribió en una ocasión que «excitada, colérica, tu hija seca las cucharas, crece de otra forma». Y yo, mucho antes de leerla, más o menos desde que me conozco -lo que, evidentemente es un decir, porque hay y habrá días en que miraré el espejo y no me reconoceré en esa extraña- ya hablaba de mí como una mujer en construcción. Presentía sus notas mientras iba creciendo, ancha y alta como la luna, porque lo contrario sabía que iba a significar desaparición. Y en esa búsqueda, que espero no tenga fin, se fueron produciendo encuentros impactantes e inesperados que han modificado levemente mis pasos: lo suficiente como para dirigirme hacia la senda donde soy lo que quiero ser.

Acontecimientos, señales, lecturas, audiciones, visiones y, sobre todo, personas que han empezado a vivir en mí para ir conmigo, aunque muchos no lo sepan. Tampoco yo sabía que el destino conspirado por otros, con un poco de mi ayuda, me iba a traer hasta aquí. Había intuido, indagado, pensado en silencio y muchas veces en soledad. Pero repentinamente la distancia - física e incluso generacional si se quiere- se quebró con un encargo a manos llenas y abiertas que me dio la libertad de ser mientras me acercaba al cuarto de siglo de trayectoria que tiene ya la Tertulia Feminista Les Comadres y a sus veinticinco Comadres de Oro. Es de justicia que aquí exprese mi agradecimiento más sincero a Álvaro Díaz Huici y a todos los que componen Trea por su confianza. Precisamente para no defraudarla, exploré, intenté documentarme (gracias en buena parte a los archivos de EL COMERCIO, al que le agradezco también su colaboración en todas y cada una de las personas que en él trabajan) y fui redactando unas notas que pretendían dibujar los perfiles de estas luchadoras (y también de algún que otro luchador, claro está). El acierto se debe en buena medida a que procuré que fueran sus voces quienes hablasen, y no mi tartamudeo inexperto. El desacierto, que lo habrá, vendrá de mis limitaciones y premuras. Pero, al margen del resultado que, con la provocación e ironía obvia, bauticé como 'Dignas de sospecha', lo importante que me llevo para el viaje que recomienza en el punto y seguido del volumen es, no uno, sino muchos ejemplos.

Fue necesario recapitular para contextualizar y poner en valor, de ahí que el prólogo repase los avatares del siglo veinte que nos alimenta. Creí importante también adjuntar una cronología que nos situase en Gijón, en Les Comadres, en Asturias, en el mundo. Y que en el coro de voces de quienes han defendido nuestros más legítimos y vulnerables derechos destacase lo genuino de la pluralidad. Poco más puedo decir que no sea un eco de lo que ellas han dicho. Tan sólo gracias, desde un corazón que siente que late con más vidas, y con la responsabilidad de una herencia que no es tan inmutable como a veces, desde la apatía o el desconocimiento, presuponemos.

Cuando estas palabras que ahora improviso salgan de rotativa convertidas en letra impresa habrá pasado mi primer día de comadres y mi primer día real con Les Comadres. Y puedo asegurar que, gracias al autoconocimiento que comenzó hace tiempo, que profundizó en este libro y que se

encarnó con su presencia, a esta hora en que mis reflexiones sean leídas -sea la hora que sea en el día que resulte- seguiré dándole vueltas a la frase de aquella miliciana que en la Guerra Civil se encaró al batallón al que pertenecía afirmando que ella no había ido al frente a morir por la revolución con un trapo de cocina en la mano. Puedo asegurar que estaré creciendo. Quizás de otra forma. Seguramente mejor. Dignamente.